

FEDERICO GARCIA LORCA

YERMA

EDICIONES ANACONDA
PERU 27 • BUENOS AIRES



235498

R/63549

YERMA

CH 47/1011020.

29724

FEDERICO GARCIA LORCA

YERMA

Poema trágico en 3 actos, dividido en 2 cuadros
cada uno, en prosa y verso

EDICIONES ANACONDA
Perú 27 — Buenos Aires
1937

*Hecho el Registro de Propiedad
Intelectual. Ley 11.723
Reservados todos los derechos.*



R. 2969101

La presente edición de YERMA, ha sido cuidadosamente cotejada con la versión teatral. Sus diálogos, — y especialmente sus versos, se ajustan en un todo a la pieza que el público conoce a través de la representación escénica.

El éxito alcanzado por Federico García Lorca como dramaturgo, no es un resultado de técnica escénica, sino de temperamento individual. Los elementos clásicos del teatro se dan íntegramente en sus piezas, pero el espíritu que las anima tiene tal poder poético, que dominan sobre el espectador cual si se dieran para su intimidad, en un juego sensual y torturante. Todos los aspectos de la vida se dan en sus representaciones, porque se destaca en ellas todas las reacciones del espíritu del hombre. La pasión amorosa actúa en un desesperado

*afán de satisfacerse, — y García Lorca
azuza la angustia de los enamorados pa-
ra desesperar sus reacciones. — La sua-
vidad del monólogo, — su pureza líri-
ca, — contrasta con la intensidad de los
diálogos y la alegría de las conversa-
ciones de grupo. El drama se da, pues,
en el debate entablado entre el hombre
y la mujer, que luego se enturbia al ser
tomado por la masa, — por el coro, —
que es siempre el gran galeoto. Es el
encuentro de los hombres lo que motiva
el drama. En la soledad, hombre y mu-
jer obran bajo el control de sus instintos
domados. Son pequeñas y amorosas crea-
turas. El instinto sexual las aproxima en
caricias. Sólo cuando piensan en el en-
lace de sus destinos, y supeditan mutua-
mente sus vidas a las reglas sociales
que las determinan, es cuando no pue-
den ya entenderse ni estimarse con ver-
dad. Entonces son sombras de polea loca.
Giran en el turbión de las pasiones
sin control. Se despedazan en las ofen-
sas y las dudas, — se hieren en el amor,
sucumben trágicamente en la pasión que
debió alegrarles la existencia. Las pa-
labras actúan entonces como puñales, y
el hombre, vencido por el dolor, se hace
justicia por la propia mano.*

Federico García Lorca conocía la desesperación de los hombres. Con hombres desesperados construyó sus piezas maravillosas. Con versos de desesperado realizó su lírica más humana. Su arte es vivo porque va creando la vida puesto el dedo en la llaga. El lamento que pone en boca de sus personajes es el que ha cobrado mayor eco dramático en la conciencia del público. Su ¡Ay!,— es el grito desgarrante del hombre sin consuelo. Y sin consuelo desnuda la más turbia pasión del hombre. Gritos, palabras, puñales, lamentos, canciones,— así es la vida,— y después la muerte se precipita y termina con todo. Tragedias con necesidad de muerte, con muerte amarga son las de García Lorca. ¡Ah!, pero con cuánta dulzura y bondad de arte. No es el pobre hombre con sus problemas lo que presenta el genial dramaturgo para recrear a los hombres. Sus tipos son símbolos. Un tremendo espíritu sinfónico rueda en la temática del poeta español. Es España misma la que anima sus piezas. Es toda España que vibra en la escena de su más grande imaginero; es el alma conturbada de España que se entregaba a su hijo dilecto para que la estilizara con su propio do-

lor de amar y de vivir en suelo español, — y de morir sobre la tierra roja de España; — para salvar el espíritu eterno de la España Republica de los Trabajadores. Traición de hombres y de esperanzas. Situaciones propias de nuestro tiempo, si, pero que al darse en suelo español cobran la más desesperada de las realidades. Se producen con sangre y muerte, hasta dejar en todos una larga agonía, una larga tristeza.

«*Yerma*», la mujer estéril, es el reclamo del amor por el cual la mujer logra su santidad. Es el grito de la madre que no se encuentra a sí misma. Es el grito del espíritu materno que no halla a quien entregarse. Es la voz dolida de la mano materna colmada de caricias que se secan en las faldas vacías. Tragedia de la mujer estéril y de los celos oscuros y tortuosos, — y de la envidia de las mujeres secas y enlutadas. Rivalidades por un hombre, por el honor, por el deseo egoista. La tierra yerma; la conciencia yerma, la entraña yerma. Mientras la buena madre reclama el nacimiento del hijo, — la mascaraada sensual se desenfrena. Se pide caricias sin más destino que el de la carne misma. Son los hombres, la masa anó-

*nima que se disfraza para consumar sin
escrúulos el goce de la carne,—es la
humanidad que piensa en colmar el ape-
tito de sus instintos y no repara en el
reclamo de la vida malograda, de la es-
peranza yerma. Voz de la madre del
mundo a quien no le entregan sus hi-
jos, a quien le roban sus hijos. Seno
materno endurecido con el eco hombru-
no, que quiere salvarse en las caricias
del hijo, en el llanto y las risas del niño.
Odio se levanta en la tempestad de re-
nacer, porque el renacimiento no se pro-
duce. ¿Gozar, para qué, si la carne mi-
serable no da su fruto? Arena es la
carne yerma, la entraña materna esté-
ril. Vida sin renacimiento,—vida muer-
ta, placer realizado con mentira, savia
perdida y caricia perdida en la copa
seca, en la boca muda, en el seno ar-
diente y cerrado,—en la matriz de are-
na. Hombre y mujer se perpetúan en
el odio mientras la criatura no viene,
mientras no llega,—carne rosada y pu-
ra,—la esperanza hecha eternidad en
el hijo,—la esperanza que alegra el es-
píritu. Ay, no llega al mundo la nueva
criatura, y la entraña yerma, arma con
su odio el brazo de paz. Se matan en-
tre sí los que nacieron para amarse.*

El sentimiento del hombre nuevo de España está resuelto claramente en «Yerma». Su anticlericalismo está contenido en la voz que aporta la presencia de la vieja española, la mujer cargada de hijos y de experiencia, la que realizó su vida sin temores. Ella sabe que no hay que pedir a Dios aquello que los hombres pueden dar. Hay que exigir de la vida lo que es de la vida. El consuelo de la mujer yerma sólo llega cuando ella realiza justicia por sus propias manos. Quita de la vida lo que se ha ligado a ella para su desventura. Destroza lo que no sirve, lo que no fructifica, lo que se siente satisfecho de vivir en si y para sí, renovándose noche a noche en el placer que muere con la llegada del día. ¡Ay!, placer de los instintos sensuales que mata al hombre del porvenir por la satisfacción pasajera y miserable del momento presente!

LÁZARO LIACHO.

REPARTO

YERMA	HEMBRA
MARIA	CUÑADA 1º
VIEJA PAGANA	CUÑADA 2º
DOLORES	MUJER 1º
LAVANDERA 1º	MUJER 2º
LAVANDERA 2º	NIÑO
LAVANDERA 3º	JUAN
LAVANDERA 4º	VICTOR
LAVANDERA 5º	MACHO
LAVANDERA 6º	HOMBRE 1º
MUCHACHA 1º	HOMBRE 2º
MUCHACHA 2º	HOMBRE 3º

CUADRO PRIMERO

ESCENARIO:

Una tierna penumbra cubre la escena. Frente a la puerta de calle de una casa de labriegos, Yerma aparece sentada, en actitud de sueño. Sus ojos entornados hacen más cerca la visión del cielo recién amanecido. La cabeza echada hacia atrás, las manos abandonadas en las faldas, sobre la costura, le dan aspecto místico. A su lado, un cesto de labores.

Sueño de Yerma.—Muy despacio, pasa un labriego con un niño en brazos. Cruza el escenario de izquierda a derecha.

Desde el principio, se escucha una canción de cuna, acompañada por conjunto de violines, una canción dulce,

muy dulce, entonada por voz de mujer. Cuando cesa la música, ella se despierta del letargo, en el cual estaba sumida y resignadamente, reanuda la costura.

Un carrillón da las cinco.

La escena que hasta entonces estaba en la media penumbra, se va aclarando poco a poco, como si amaneciera.

MOVIMIENTO DE ESCENA

Juan, entra por la puerta del fondo, y se va por la izquierda.

Al irse Juan, Yerma hace un movimiento de desperezamiento, con satisfacción y voluptuosidad.

María entra por la derecha, se detiene junto a Yerma, la contempla, breves minutos, y luego sale por la izquierda.

Víctor entra por la izquierda y vuelve a salir por el mismo lado.

Al irse, Yerma la detiene y mueve sus manos como tendiéndolas hacia el vientre de María, con deseos de acariciarla. María la contempla asombrada sin decir palabra.

ACCION

Yerma.—¡Juan...! (pausa). ¡Juan...!
(pausa)
¿Me oyes? ¡Juan!...

Juan.—Voy...

Yerma.—Ya es la hora.

Juan.—(entrando)
¿Pasaron las yuntas?

Yerma.—Ya pasaron. ¿No tomas un vaso de leche?

Juan.—¿Para qué?... Cuando los hombres se quedan enjutos, se ponen fuertes como el acero...

Yerma.—Pero... ¡tú no!
Cuando nos casamos eras otro...
Ahora... tienes blanca la cara, como

si no te diera en ella el sol... A mí me gustaría que fueras al río y nadaras y que te subieras a los tejados...

24 meses llevamos de casados... y tú, cada vez más triste... cada vez más enjuto... como si crecieras al revés.

Quisiera oírte contento. Que dijeras; mi mujer está enferma, le llevaré esta enjundia de harina...

Voy a matar este corderito para hacerle un caldo...

Voy a llevarle esta piel de oveja para guardar sus pies de la nieve... Así soy yo. Por eso te cuido.

Juan.—Yo te lo agradezco.

Yerma.—Pero es que tampoco te dejas cuidar.

Juan.—¿...has acabado?!

Todas esas cosas son suposiciones tuyas. Trabajo mucho... Cada año seré más viejo...

Yerma.—¿Cada año...? Tú y yo seguimos aquí...!
¡¡Cada año...!!

Juan.—Naturalmente. Y bien sosegados.
Las cosas de la labor van bien. No te-
nemos hijos que gasten...

Yerma.—No tenemos hijos...! (pausa).
Juan!

Juan.—Dí

Yerma.—¿...es que yo no te quiero a tí?

Juan.—Me quieres... Pero, conozco mu-
jeres que no tienen hijos... ni los de-
sean... y yiven felices... así!

Yerma.—...yo conozco mujeres, que el
día de la boda, al encontrarse a solas
por la noche con el esposo, han llo-
rado... ¡Yo no lloré!

Juan.—¡¡¡ Calla!!!

Yerma.—Mi madre lloraba porque yo no
sentía separarme de ella... Nadie se
casó con más alegría que yo! ¿Recuer-
das que al tomar las sábanas, las es-
trujé, diciendo:... “como huelen a
manzanas!”

Juan.—... Eso dijiste.

Yerma.—Llevaba a mi hijo, conmigo, en mis pupilas...
El ya vivía conmigo, y lo quería.

Juan.—Calla!!! Demasiado trabajo tengo, con oírte en todo momento

Yerma.—¡No me repitas lo que dices!
Yo lo veo con mis ojos, que esto no puede ser.
A fuerza de caer la lluvia sobre las piedras estas se ablandan, y hacen crecer los jaramagos... Las gentes dicen que los jaramagos no sirven para nada. Pero yo los veo moviendo sus grandes flores amarillas al aire...

Juan.—Si necesitas algo, me lo dices. Y te lo traeré.
Sabes que no me gustaría que salgas... Estás mejor aquí.
La calle es para gente desocupada.

Yerma.—Claro!
(se va Juan, queda sola de pie en medio del escenario y dice):
¿De donde vienes, amor, mi niño?
De la cresta del duro frío.
¿Que necesitas, amor, mi niño?
La tibia tela de tu vestido,

Que se agiten las ramas al sol,
y salten las fuentes alrededor.
En el patio ladra el perro...
En los árboles canta el viento...
Los bueyes mugen al boyero...
La luna me riza los cabellos.
¿Qué pides, niño, desde tan lejos?
Los blancos montes que hay en tu pe-
Que se agiten las ramas al sol, (cho!
y salten las fuentes alrededor...
Te diré niño mío que si...
tronchada y rota soy para ti...
¡Como me duele esta cintura
donde tendrás primera cuna...!
¿Cuando, mi niño vas a venir?
Cuando tu carne huela a jazmín.
Que se agiten las ramas al sol
y salten las fuentes alrededor...!
(Se sienta de nuevo, y pasa María)

Yerma.—¿De donde vienes...?

María.—De la tienda.

Yerma.—¿De la tienda, tan temprano?

María.—Por mi gusto, hubiera esperado
a la puerta a que abriera... (pausa)
...¿Y a que no sabes lo que he com-
prado...?

Yerma.—Café para el desayuno... azúcar... dos panes

María.—No, he comprado encajes, tres varas de hilo y cintas..., para hacer madroños... El dinero le tenía mi marido y me lo ha dado él mismo.

Yerma.—...Te vas a hacer una blusa?

María.—No... es porque... ¿sabes?

Yerma.—(la mira asombrada) ...qué?

María.—(con alegría inusitada) Porque... ¡Ya ha llegado...!

Yerma.—¡A los cinco meses!?

María.—Sí!

Yerma.—¿Te has dado cuenta de ello?

María.—Naturalmente!...

Yerma.—Y, ¿que sientes?

María.—No sé!... angustia.

Yerma.—¿Angustia?...

Pero cuando llegó... dime... ¿tú estabas descuidada?

María.—Si, descuidada.

Yerma.—Estarías contenta... ¿verdad?

María.—Si, mucho. Te diré. No me preguntes... no has tenido nunca un pájaro vivo apretado en la mano?

Yerma.—Si!

María.—Pues, lo mismo. Pero, dentro de la sangre.
Estoy aturdida... No sé nada.

Yerma.—De qué?

María.—De lo que tengo que hacer. Le preguntaré a mi madre.

Yerma.—Para qué? Ya está vieja y ha olvidado estas cosas. Cuando respiras, respira suave..., tan suave!, como si tuvieras una rosa entre los dientes.

María.—Oye: dicen que más adelante, me empuja muy suavemente con las piercitas... Entonces es cuando se lo quiere.

Yerma.—Cuando se dice ya;... ¡Mi hijo!

María.—En medio de todo, tengo vergüenza...

Yerma.—Y tu marido... ¿te quiere mucho?

María.—No me lo dice... pero se pone junto a mí, y sus ojos tiemblan como dos estrellas verdes...

Yerma.—Sabía él que tú...

María.—¡Sí!

Yerma.—¿Y porqué lo sabía?

María.—No sé, pero la noche que nos casamos, él lo decía constantemente, con su boca puesta en mi mejilla, tanto...!, que me parece que mi niño es un palomo de lumbre que él me deslizó por la oreja...

Yerma.—¡Dichosa Tú!

María.—De todas las novias de tu tiempo, tú eres la única...

Yerma.—Claro que todavía es tiempo.
Elena tardó tres años, y otras antiguas, del tiempo de mi madre, más aún.

(Pausa)

—¡Pero dos años y veinte días...! ¡es demasiado espera!... Pienso que no es justo que me consuma así... Muchas noches salgo descalza al patio para pisar la tierra... no sé porque... pero si sigo así acabaré volviéndome mala...

María.—Pero ven acá criatura.

Hablas como si fueras una vieja... Una hermana de mi madre, lo tuvo a los catorce años. Y si vieras que hermosura de niño.

Yerma.—¿Sí?

María.—¡Sí!... Y cuando lo tuvo, lloraba con la fuerza de un torito... y gritaba con la fuerza de mil cigarras cantando a la vez... y nos orinaba,... y nos tiraba de las trenzas. Luego cuando tenía cuatro meses, nos arañaba...

Yerma.—Yo he visto a una madre dar de mamar a su hijo... ¡¡Con los pechos llenos de grietas!!... y le producía dolor... Pero, un dolor dulce. Sano. Necesario para la salud...

María.—¡Dicen que con los hijos se sufre mucho!

Yerma.—¡Mentira!

Eso lo dicen las mujeres débiles, las flojas, ¿Porque los tienen?... ¡Tener un hijo, no es tener un ramo de rosas!!

Hemos de sufrir para verlos crecer, Yo pienso que se nos va la mitad de nuestra sangre... Pero esto es bueno, sano y hermoso!

Cada mujer tiene sangre para cuatro o cinco hijos, y cuando no los tiene se le vuelve veneno, como me va a pasar a mí...

María.—No sé qué tengo

Yerma.—Dicen que las primerizas tienen susto.

(pausa)

María.—(en forma zalamera) ...Como tú coses tan bien...

Yerma.—Trae. Te cortaré los trajecitos...
¿Y ésto?...

María.—Son los pañales.

Yerma.—Bien.

María.—Entonces... hasta luego (se dirige hacia la izquierda).

Yerma.—¡No corras! ¡Ten cuidado con las piedras de la calle!

María.—¡Adiós!

Yerma.—¡Vuelve pronto...!

(Yerma queda sola y mide el género.
Luego entra Víctor por la izquierda.)

Yerma.—Adiós, Víctor.

Víctor.—¿Y Juan?

Yerma.—En el campo.

Víctor.—¿Qué haces?

Yerma.—Corto unos pañales.

Víctor.—Vamos...

Yerma.—Los voy a rodear de encajes.

Víctor.—Si es niña, le pondrás tu nombre.
Me alegra por ti...

Yerma.—(muy triste) ¡No son para mí!
Son para el hijo de María.

Víctor.—Bueno... A ver si con el ejemplo te animas. En esta casa hace falta un niño.

Yerma.—Hace falta.!

Víctor.—Pues adelante! Dile a tu marido que piense menos en el trabajo. Quiere juntar dinero... ¡y lo juntará! Pero ¿a quién lo dejará cuando se muera? (pausa) Yo me voy con las ovejas. Dile a Juan, que recoja las dos que me compró... Y, en cuanto a lo otro, ¡Qué ahonde...!

Yerma.—(Como un eco) Eso... ¡Que ahonde...!

(Se va Víctor. Ella en medio de la escena recita:)

Te diré Niño mío que si,
tronchada y rota soy para tí,
Como me duele esta cintura
donde tendrás primera cuna.
¿Cuándo, mi Niño, vas a venir?
Cuando tu carne huela a jazmín.

(Cae el telón)...

FIN DEL PRIMER CUADRO

CUADRO SEGUNDO

ESCENARIO:

Bosque de robles. — Un sendero que baja como de la montaña. — Una paz de luz clara pone su silencio y su dulzura en la escena. Es mediodía — En el centro, una piedra grande donde Yerma habrá de sentarse.

MOVIMIENTO DE ESCENA

En escena la vieja Pagana, con otra Aldeana que se va, al ver que viene Yerma. — La Aldeana va bajando la montaña y cuando está por desaparecer de la visual, llega en forma nítida la risa entre alocada y burlona. — Víctor también baja por la derecha con un cayado en la mano, en el que se apoya, y la mira a Yerma atentamente. — Juan entrará por la izquierda.

ACCION

(La vieja Pagana está sola, entra Yerma por la izquierda, ambas llevan sendos canastos en el brazo).

Yerma.—Buenos días...

Vieja Pagana.—Buenas lo tenga la hermosa niña... ¿Adonde vas?

Yerma.—Vengo de llevar la comida a mi esposo que trabaja en los olivos.

Vieja.—¿Llevas mucho tiempo casada?

Yerma.—Tres años...

Vieja.—¿Tienes hijos...?

Yerma.—¡No!

Vieja.—Bueno... Ya tendrás...

Yerma.—(ansiosa) ...¿Vd. lo cree?...

Vieja.—¿Porqué no?... También yo vengo de llevarle la comida a mi esposo.

Es viejo. Todavía trabaja. Tengo nueve hijos como nueve soles y todos trabajan. Pero, como ninguno es hembra, aquí me tienes.

Yerma.—Vd., vive al otro lado del río?

Vieja.—Sí en los molinos. Y tú, ¿ de qué familia eres?

Yerma.—Yo soy hija de Enrique el Pastor...

Vieja.—¿ De Enrique el Pastor?... Le conocí. Buena gente. Levantarse, sudar, comer unos panes y morirse. No más juegos ni más nada. Las ferias para otros.

¡Bah!...

Pude haberme casado con un tío tuyó, pero no. Yo era una muchacha de faldas al aire. Iba siempre prendida a la tajada de melón. Muchas veces, de madrugada, me he asomado a la puerta creyendo oír una romería. Pero era el aire! (se ríe). He tenido dos maridos, catorce hijos... cinco murieron, y sin embargo, no estoy triste. ¡¡¡Y quisiera vivir mucho más!!!...

Es lo que digo yo... Las higueras,

¿cuánto duran? Las casas ¿cuánto duran? Y sólo nosotros, las infelices mujeres, nos hacemos polvo por cualquier cosa.

Yerma.—Yo quisiera hacerle una pregunta...

Vieja.—¡Ya se lo que quieres preguntar! De estas cosas, no se puede decir nada.

Yerma.—Porqué no? Me ha dado confianza el oirle hablar. Hace mucho tiempo que quiero tener conversación con mujer vieja, por que yo quiero enterarme. Sí. Vd... ¡me dirá!

Vieja.—¿Qué?

Yerma.—Lo que Vd. sabe.

—¿Porqué estoy yo seca?

Me he de quedar en plena vida para cuidar aves?... Y poner cortinas planchadas en mi ventanillo? Vd., me dirá lo que tengo que hacer!! Yo lo haré, aunque sea, clavarme agujas en la parte más débil de los ojos.

Vieja.—Yo... Yo no se nada. Yo me he puesto boca arriba, y he comenzado a

cantar... Los hijos llegan como el agua (pausa)

¡Ay! Quien puede decir que este cuerpo que tu tienes no es hermoso?
Deja, muchacha... no me ordenes hablar más.

Cuando me ponen, no hablo de otra cosa, ¡Oye!... a ti ¿Te gusta tu marido?

Yerma.—(asombrada) ¿Cómo?...

Vieja.—Que si loquieres... Que si deseas estar con él...

Yerma.—(dubitativa) ...¡No lo sé!

Vieja.—¿No tiemblas, cuando se acerca a ti? ¿No te da así como un sueño cuando acerca sus labios?

Yerma.—No lo he sentido nunca...

Vieja.—Nunca? ¿Ni cuando has bailado?

Yerma.—¡Nunca!

Una vez, Víctor me cogió de la cintura y no pude decir nada,... porque no podía hablar. Otra vez, yo tenía 14 años y él era un zagalón, me tomó en sus brazos para saltar una acequia,

y me entró un temblor que me sonaron los dientes. Pero es que yo he sido muy vergonzosa.

Vieja.—¿Y, con tu marido?...

Yerma.—Mi marido es otra cosa.

Me lo dió mi padre y yo lo acepté.
Con alegría.

Esta es la pura verdad. Pues el primer día que me puse de novia con él, ya pensé en los hijos. Y me miraba en sus ojos... si, pero para verme muy chica y muy suya.

Vieja.—Todo lo contrario que yo. Quizá por eso no hayas parido a tiempo. Los hombres tienen que buscar las muchachas, desatarnos las trenzas y darnos de beber agua en su propia boca... Y estoy segura que las cosas...

Yerma.—¿Es preciso buscar en el hombre al hombre nada más? Que vas a pensar cuando te deja en la cama, triste, con los ojos abiertos mirando al techo, y se da media vuelta, y se duerme. Yo he pensado en el hijo, me he entregado por él... y me sigo entregando a ver si llega.

Vieja.—Y resulta que estás vacía.

Yerma.—Vacía no, porque me estoy llenando de odios!

Yo no sé.

Pero... dímelo tú, ¡por caridad!

Vieja.—Ay... ¡qué flor abierta!

¡Qué criatura tan hermosa eres!

Déjame, no me hagas hablar más, no quiero hablar más!

Son asuntos de honra y yo, no tengo la honra de nadie! De todos modos debieras ser menos inocente!

Yerma.—Conmigo, todos se vuelven medias palabras, gestos. Nadie me dice nada.

Y tú también te callas, y te vas con un aire de doctora sabiéndolo todo, todo, pero negándolo a la que se muere de sed.

Vieja.—A otra mujer más serena yo se lo diría. Soy vieja,... y sé lo que me digo.

Yerma.—Entonces,... ¡Qué Dios me ampare!

Vieja.—¡Dios no!... a mí nunca me ha gustado Dios.

Son los hombres los que tienen que amparar. Aunque debería haber un Dios. Pequeñito aunque fuera. Para mandar rayos a los hombres de samente podrida que encharcan la salud de los campos.

Yerma.—No sé lo que quieres decir.

Vieja.—Yo me entiendo. Espera en firme. Eres muy joven todavía... ¿Qué quieres que haga yo?

(Entra una mujer por la derecha y va bajando la montaña por donde al principio se ha retirado la Aldeana. La Vieja se va por la derecha).

Yerma.—De donde vienes?

Mujer.—(mostrando un canasto) ... Hay que darles de comer, no quedan en las casas nadie más que los niños. Me dejé el niño dormido.

Yerma.—¡Pero mujer... los niños no se pueden dejar solos! Hay cerdos en tu casa? Seguramente lo has dejado encerrado. La cosa que parece más in-

significante puede hacerlos daño, una aguja... una copa de agua...

Mujer.—¡Tienes razón!... Voy corriendo. Es que no me he dado cuenta de las cosas, (se va).
(La loca entra cantando).

Loca.—Si tuvieras cuatro o cinco hijos, no hablarías así. De todos modos, tú y yo con no tenerlos, vivimos más tranquilas.

Yerma.—(lúgubramente) ¡Yo no!

Loca.—¡Yo sí!... ¡Qué afán! En cambio mi madre no hace más que darme hierbabujo, para que los tenga, y encomendarme al santo.

Yerma.—¿Y porqué te casaste entonces?

Loca.—Porque me casaron. Se casan todas. Si seguimos así no van a haber solteras, más que las niñas. Pero las viejas se empeñan en todas esas cosas. Bueno. En realidad, todas se casan antes de ir a la iglesia.
Tengo 19 años. No me gusta guisar.
Ni lavar.

Bueno. Pues todo el día he de estar haciendo lo que no me gusta. ¿Que necesidad tiene mi marido de ser mi marido, si hacíamos lo mismo de novios que ahora... Tonterías de los viejos.

También tú me dirás ¡Loca!... La loca. La loca. Te puedo decir lo único que he aprendido en esta vida.

¡Cuánto mejor se está en el medio de la calle! Ya corro, ya río, ya me tomo un refresco de anís... (se ríe).

Yerma.—Eres una niña.

Loca.—¡Claro!... ¡Pero, no estoy loca!

Yerma.—Tu madre vive en la parte más alta del pueblo?

Loca.—Sí.

Yerma.—¿En la última casa?

Loca.—Sí.

Yerma.—¿Cómo se llama?

Loca.—Dolores. ¿Por qué preguntas?

Yerma.—Por nada.

Loca.—Por algo preguntarás.

Yerma.—No sé. Es un decir...

Loca.—¡Allá tú!

Mira, le he venido a traer la comida
a mi marido. Es lo que hay que hacer
(resignada). ¡Qué lástima no poder
decir "mi novio".... (saliendo). Ya
se va la loca, la loca... Adiós!...

(**Yerma**, sola en el escenario, se sienta sobre la piedra. Se oye el canto de
Víctor adentro, que es el que ella repite luego).

Yerma.—¿Por qué duermes solo Pastor?
En mi colcha de lana dormirías mejor.
Tu colcha de oscura piedra, pastor
y tu camisa de escarcha, pastor
juncos grises del invierno
en la noche de tu cama.
Los robles ponen agujas, pastor...
debajo de tu almohada, pastor...
Y se oye voz de mujer
en la rota voz del agua.
que quiere el monte de ti, pastor...
Monte de hierbas amargas...
Qué niño te está matando?
la espina de la retama!...

Víctor.—(entrando) ¿Dónde va la hermosa?

Yerma.—¿Cantabas tú?

(Víctor asiente con la cabeza)

¡Qué bien!... Nunca te había oído.
Y, ¡qué voz pujante!, parecen un chorro de agua que te llenara toda la boca.

Víctor.—Soy alegre... como tú, triste.

Yerma.—No soy triste. Es que tengo motivos para estarlo.

Víctor.—¿Y tu marido?... ¡Más triste que tú!

Yerma.—¡El sí!... Tiene un carácter seco.

Víctor.—Siempre fué igual. ¿Viniste a traer la comida?

Yerma.—¡Sí! (lo mira bien... detenidamente).

¿Qué tienes ahí?

Víctor.—¿Dónde?

Yerma.—Aquí en la mejilla, como una quemadura.

Víctor.—¡No es nada!

Yerma.—Me había parecido.

Víctor.—Debe ser del sol.

Yerma.—Quizás... (pausa, luego presta atención como si oyera algo;.. a Víctor) ¿Oyes?

Víctor.—¿Qué?...

Yerma.—¿No sientes llorar?

Víctor.—No.

Yerma.—Me había parecido que lloraba un niño.

Víctor.—¿Sí?

Yerma.—Y muy cerca, lloraba como un ahogado.

Víctor.—Aquí hay siempre niños que vienen a robar fruta.

Yerma.—¡No!... era la voz de un niño pequeño.

Víctor.—(prestando atención) ... no oigo
nada.

Yerma.—¡Serán ilusiones mías!
(entra Juan).

Víctor.—¡Salud!

Juan.—¿Qué haces todavía aquí?...
(Víctor sale).

Yerma.—Hablabá.

Juan.—Debías estar en casa.

Yerma.—Me entretuve.

Juan.—¡No comprendo en qué te has en-
tretenido!

Yerma.—Oí cantar los pájaros.

Juan.—(enojado) ¡Está bien!... Así da-
rás que hablar a la gente.

Yerma.—(asombrado). ¡Juan!... ¿Qué
piensas?

Juan.—No lo digo por ti, lo digo por las
gentes.

Yerma.—Puñalada que le den a las gentes.

Juan.—¡No maldigas!
Está feo en una mujer.

Yerma.—Ojalá fuese yo una mujer.

Juan.—Vamos a dejarnos de conversación. Vete a la casa.

Yerma.—Está bien... Te espero.

Juan.—¡No! (pausa).
Estaré toda la noche regando. Viene poca agua. Es mía hasta la salida del sol y tengo que defenderla de los ladrones. (pausa)
Te acuestas y te duermes.

Yerma.—¡Me dormiré!

TELON

ACTO SEGUNDO

Escenario: Entre peñas y riscos, un arroyo clarísimo corre serpenteando. Mucho color, y alegre. Mujeres lavan sus ropas, y cantan.

CUADRO I

Coro de las lavanderas

En el arroyo frío lavo tu cinta... (bis)
Como un jazmín caliente, tienes la ri-
tienes la risa, tienes la risa... (sa, (bis))
En el arroyo, frío lavo tu cinta.

Lavandera 1^o — A mí no me gusta ha-
blar...

Lavandera 2^o.—Pero, aquí se habla.

Lavandera 3^o.—La que quiera honra...
que se la gane.

Lavandera 4^a.—Lo cierto, es que el marido se ha llevado a vivir con ellos, a sus dos hermanas.

Lavandera 3^a.—Estaban encargadas de cuidar la Iglesia, ahora... cuidarán de su cuñada.

Lavandera 1^a.—Yo no podría vivir con ellas.

Lavandera 4^a.—Se me figura, que cuecen su comida, con el aceite de las lámparas.

Lavandera 3^a.—¿Y están ya en la casa?

Lavandera 4^a.—Desde ayer.

Lavandera 3^a.—El marido solo y ella...

Lavandera 4^a.—Anoche ella lo pasó sentada en el tranco, a pesar del frío.

Lavandera 3^a.—Parece que le cuesta trabajo entrar en la casa.

Lavandera 6^a.—Le gusta subir al tejado y andar descalza.

Lavandera 5^a.—¡Quieren callarse! Ella no tiene hijos.

Lavandera 3^a.—Tiene hijos la que quiere tenerlos...

Las mojigatas no son a propósito para llevar el vientre arrugado. Y se arreglan. Se echan polvos, y colores.

Lavandera 6^a.—Y muy cerca de alguien.

Lavandera 5^a.—¿Los habéis visto vosotras?

Lvandera 3^a.—Nosotras no... pero, las gentes, sí!

Lavandera 5^a.—Siempre las gentes...

Lavandera 4^a.—¿Y qué hacían?

Lavandera 3^a.—Hablaban...

Lavandera 5^a.—Hablar no es pecado.

Lavandera 4^a.—Hay una cosa que no miente... ¡que es el mirar! Mi madre lo decía.

¡No es lo mismo una mujer mirando una rosa, que una mujer mirando los muslos de un hombre!

Lavandera 3^a.—¡Y cuando no lo mira, es porque está sola... pero lo tiene delante... lo lleva retratado en los ojos!

Lavandera 4^a.—¿Qué hará que aumente el invierno en su casa? Ella y sus cuñadas...

Lavandera 5^a.—Todas esas cosas son cuestiones de gentes que no tienen conformidad con su sino.

Lavandera 3^a.—Ella y sus cuñadas se la pasan encerradas, limpiando, haciendo relucir. Dan que hablar, ya que cuando más relumbra la vivienda, es señal de que más arde por dentro.

Lavandera 5^a.—El es quien tiene la culpa...

Lavandera 4^a.—La culpa es de ella que tiene por lengua un pedernal.

Lavandera 5^a.—Cállate la boca!

Lavandera 4^a.—¿Quién eres tú para darme consejos?

Lavandera 1°.—Cuando un padre no tiene hijo. (Hablan todas a la vez). Silencio que por ahí vienen las cuñadas! (Bajan las cuñadas al arroyo y se ponen a lavar la ropa).

Lavandera 4°.—Se van los zagalets?

Lavandera 3°.—Se quedaron solos los rebaños...

Lavandera 4°.—¡Me gusta el olor de las ovejas!

Es olor de lo que una tiene. Cómo me gusta el olor del fondo del fango rojo que trae el arroyo en el invierno.

Lavandera 5°.—¡Miradlos! ¡Arrancan con todo...

Lavandera 2°.—Es una inundación de lana. Si los trigos verdes tuvieran cabeza, temblarían al verlos venir!!

Lavandera 1°.—¡Miradlos como corren! No falta ninguno.

Lavandera 4°.—¡Sí!... falta uno.

Todas.—¿Cuál?

Lavandera 4^a.—(muy pausada) ... el de Víctor!

(Las cuñadas se levantan de golpe, la miran con desprecio y se van. Todas las lavanderas se ríen y sacuden sus ropas al ritmo de sus cuerpos. Cantan:)

Lavandera 4^a.—En el arroyo frío lavo tu
 (cinta,
 Como un jazmín caliente tienes la risa,
 Quiero vivir en la nevada chica de ese
 (jazmín.

Lavandera 1^a.—Ay de la casada seca!

Lavandera 2^a.—Ay de la que tiene los pechos de arena!

Lavandera 3^a.—Dime si tu marido guarda semilla,
 para que el agua cante por tu camisa.

Lavandera 1^a.—Es tu camisa
 nave de plata y viento
 por las orillas.

Lavandera 2^a.—Las ropas de mi niño vengo a lavar
 para que tome el agua lecciones de cristal.

Lavandera 3^a.—Por el monte ya llega
mi marido a comer,
él me trae una rosa
y yo le doy tres.

Lavandera 4^a.—Por el llano ya vino mi ma-
rido a cenar,
Las brasas que me entrega,
cubro con arrayán.

Lavandera 1^a.—Por el aire ya viene
mi marido, a dormir,
yo, alelías rojos
y él, rojo alelí.

Lavandera 5^a.—Hay que juntar flor con
flor,
cuando el verano seca,
la sangre al segador.

Lavandera 1^b.—Y abrir el vientre,
a pájaros sin sueño.
cuando a la puerta llama,
temblando el invierno.

Lavandera 2^a.—Hay que gemir en la sá-
bana.

Lavandera 4^b.—¡Y hay que cantar!

Lavandera 5^a.—Cuando el hombre nos trae, la corona y el pan.

Lavandera 2^a.—Porque los brazos se entrelazan.

Lavandera 3^a.—Porque la luz se nos quiebra en la garganta.

Lavandera 4^a.—Porque se endulza el tallo de las ramas...

Lavandera 5^a.—Y las tiendas del viento cubren a las montañas.

(Aparece una lavandera más por lo alto de la montaña).

Lavandera 6^a.—¡Para que un niño funda yertos vidrios del alba!...

Lavandera 5^a.—Y nuestro cuerpo tiene ramas furiosas de coral.

Lavandera 6^a.—¡Para que haya remeros en las aguas del mar!...

Lavandera 1^a.—Un niño pequeño, ... ¡un niño!

Lavandera 2^a.—¡Y las palomas abren las alas y el pico!

Lavandera 3^a.—Un niño que gime, . . . ¡un hijo!

Lavandera 4^a.—Y los hombres, avanzan como siervos heridos.

Lavandera 6^a.—¡Alegría! . . . ¡Alegría! . . .
¡Alegría!
del vientre redondo bajo la camisa.

Lavandera 5^a.—¡Alegría! . . . ¡Alegría! . . .
¡Alegría!
¡Ombligo, cáliz tierno de maravillas!

Lavandera 3^b.—Pero . . . ¡Ay! de la casada seca . . . ¡Ay de la que tiene los pechos de arena!

Lavandera 4^b.—¡Qué relumbre!

Lavandera 1^c.—¡Que corra!

Lavandera 2^c.—¡Que vuelva a relumbrar!

Lavandera 3^c.—¡Que cante!

Lavandera 2^d.—¡Que se esconda . . .

Lavandera 1^d.—¡Y que vuelva a cantar!

Lavandera 3^a.—La aurora que mi niño,
lleva en el delantal.

Lavandera 4^a.—(canta golpeando las ro-
pas).

En el arroyo frío lavo tu cinta.

Como un jazmín caliente tienes la risa.
(Todas estallan en risa).

(El coro repite. Luego, todas esta-
llan en risa).

TELON

CUADRO SEGUNDO

Escenario:

En escena Juan y dos cuñadas. Ellas de pie detrás de él. Juan sentado en un banquillo con la cabeza entre las manos y con aire de preocupación.

Juan.—¿Dices que salió hace poco?
Debe estar en la fuente.
Pero, ya sabéis que no me gusta que
salga sola.

(Pausa)

Puedes poner la mesa.
Bien ganado tengo el pan que como.
Ayer pasé un día duro. Estuve podando
los manzanos... y, a la caída de
la tarde me puse a pensar porque pondría
yo tanta ilusión en la faena si no
podría llevarme ni una manzana a la
boca. Estoy harto.

(Pausa)

Esa no viene...
 Una de vosotras debía salir con ella,
 que por eso estás aquí... comiendo
 en mi mantel, y bebiendo mi vino...
 Mi vida está en el campo, pero mi
 honra está aquí, y mi honra es tam-
 bién la vuestra.

(Pausa).

No lo tomes a mal.

(Entra Yerma).

¿Vienes de la fuente?

Yerma.—Para tener agua fresca en la co-
 mida... ¿Cómo están las tierras?

Juan.—Ayer estuve podando los árboles.

Yerma.—¿Te quedarás?

Juan.—He de cuidar el ganado. Tú sabes
 que esto es cosa del dueño.

Yerma.—Lo sé muy bien. No lo repitas.

Juan.—Cada hombre tiene su vida...

Yerma.—Y cada mujer la suya!

No te pido yo que te quedes.

Aquí tengo todo lo que necesito. Tus
 hermanas me guardan bien. Como yo

pan fresco y requesón y cordero asado, y tus ganados esparcidos por los montes comen pastos llenos de lozánia.

Creo que puedes vivir en paz.

Juan.—Para vivir en paz, se necesita estar tranquilo.

Yerma.—¿Y tú no lo estás?

Juan.—¡No lo estoy!

Yerma.—Desvíala intención.

Juan.—¿Es que no conoces ya mi modo de ser? “Las ovejas en el redil, y las mujeres en su casa”. Tú sales demasiado. ¿No me has oído decir esto siempre?

Yerma.—¡Sí! Las mujeres en su casa, cuando las casas no son tumbas, cuando las sillas se rompen y las sábanas de tela se rompen con el uso. Cada noche, cuando me acuesto, encuentro las sábanas más limpias, más nuevas, más relucientes, como si fueran recién traídas de la ciudad.

En nada te ofendo... Vivo sumisa a ti... Lo que sufro lo guardo en mi alma, y cada día que pase, estaré peor... (pausa).

Vamos a callarnos.

Yo sabré llevar mi cruz como mejor pueda, pero no me preguntes nada. Si pudiera de pronto volverme vieja y tener la boca como una flor machacada, podría sonreírte y llevar la vida contigo.

Ahora, déjame.

Juan.—Hablas de una manera que yo no te entiendo.

No te privo de nada. Mando a los pueblos vecinos por las cosas que te gustan... Yo tengo mis defectos, pero quiero tener paz y sosiego contigo... quiero dormir fuera y tener la certeza de que tú también duermes aquí dentro.

Yerma.—Pero yo no duermo...

Juan.—¿Es que te falta algo?... ¡Dímelo!... Contesta...

Yerma.—Sí, me falta!

Juan.—Siempre lo mismo... ¡Hace ya más de cinco años! Yo casi lo había olvidado...

Yerma.—Pero, ¡yo no soy tú!

Los hombres tienen otra vida... los ganados... los árboles, las conversaciones; las mujeres en cambio, no tenemos otra que ésta, la de la cría y el cuidado de la cría.

Juan.—Todo el mundo no es igual...

¿Porqué no te traes un hijo de tu hermana? Yo no me opongo.

Yerma.—¡No quiero criar hijos de otra!

Me figuro que se me van a helar los brazos de tenerlo.

Juan.—Y te empeñas en meter la cabeza por una roca.

Yerma.—Sí. Porque debía de ser un canasto de flores... y agua dulce.

Juan.—Estando a tu lado no se siente más que inquietud y desasosiego... En último caso debieras resignarte.

Yerma.—¡Yo no he venido a estas cuatro

paredes a resignarme! Cuando tenga la cabeza atada con un pañuelo para que no se me abra la boca, y las manos bien amarradas dentro del ataúd, en esa hora, me habré resignado...

Juan.—¿Entonces qué quieres hacer?

Yerma.—Quiero beber agua... ¡y no hay vaso, ni agua! Quiero subir al monte, ¡y no tengo pies! Quiero bordar mis enaguas, y no encuentro los hilos!

Juan.—Lo que pasa, es que no eres una mujer verdadera... ¡buscas la ruina de un hombre sin voluntad.

Yerma.—Yo no sé quien soy... Dejame andar y desahogarme, que en nada te he de faltar.

Juan.—No me gusta que las gentes me señalen. Por eso quiero ver esa puerta cerrada, ¡y cada persona en su casa! Yo no tengo fuerzas para esas cosas... cuando la gente te dé conversación, cierras la boca, que eres una mujer casada!...

Yerma.—¡Casada!

Juan.—Que la familia tiene honra, y la honra es una carga que se lleva entre todos, pero que esta, oscura y débil, en los mismos caños de la sangre.
(pausa). ¡Perdón!
(Pausa —la mira bien).

Aunque me miras de un modo, que no debía decirte perdóname, sino obligarte, encerrarte, que para eso soy tu marido!

Yerma.—Deja quieta la cuestión.

Juan.—Vamos a comer.

(Pausa).

¿Me has oído?

Yerma.—Come con tus hermanas, yo no tengo hambre todavía...

Juan.—Lo que quieras...

(se va).

Yerma.—Ay, qué prado de pena!

Ay, qué puerta cerrada a la hermosura,
(ra,
que pido un hijo que sufrir, y el aire
me ofrece dalias de dormida luna!
Estos dos manantiales que yo tengo
de leche tibia, son en la espesura
de mi carne, dos pulsos de caballo

que hacen latir la rama de mi angustia.
 ¡Ay, pechos ciegos bajo mi vestido!
 Ay, palomas sin ojos ni blancura!
 ¡Ay, qué dolor de sangre prisionera,
 me está clavando avispas en la nuca!
 Pero tu has de venir, mi niño,
 porque el agua da sal, la tierra fruta,
 y nuestro vientre guarda tiernos hijos
 como la nube lleva dulce lluvia.
 (asómase a la puerta del fondo).
 ¡María! ¿Por qué pasas tan de prisa
 por mi puerta?

María.—Cuando voy con el niño, lo hago.
 ¡Como siempre lloras!

Yerma.—Tienes razón.

María.—Me da tristeza que tengas envidia.

Yerma.—No es envidia lo que tengo, es
 pobreza...
 ¿Cómo no me voy a quejar?
 Cuando te veo a ti y a las otras muje-
 res llenas de flores por dentro, y yién-
 dome inútil en medio de tanto sufrir.

María.—En medio de tanta hermosura,
 ¡porqué tienes otras cosas!
 Si me oyeras podrías ser feliz...

Yerma.—La mujer de campo que no tiene hijos, es inútil como un manojo de espinas... a pesar del bienestar...
(toma en los brazos la criatura).
(lo mira y lo arrulla en sus brazos).
Tómalo. Contigo está más a gusto...
(se lo entrega).
¡Yo no debo tener manos de madre!!
(extiende las manos en el vacío).

María.—¿Por qué dices eso...?

Yerma.—Porque estoy harta de tenerlas, y no poderlas usar en cosa propia... Que estoy ofendida y rebajada hasta lo último.
Si paren las ovejas, cientos de criaturas... Y las perritas... ¡y, parece que todo el campo puesto de pie, me enseñara sus críos tiernos. Y yo siento como dos golpes de martillo, aquí, en lugar de la boca de mi niño!
(presiona con los brazos sobre los pechos).

María.—No me gusta lo que dices...

Yerma.—Las mujeres cuando tenéis hijos, no podéis pensar en las que no lo tenemos. Os quedáis frescas... igno-

rantes, como el que nada en agua dulce no tiene idea de la sed.

María.—No quiero decir lo que te digo siempre.

Yerma.—Cada vez tengo más deseos, y menos esperanzas.

María.—Mala cosa.

Yerma.—Acabaré creyendo que yo misma soy mi hijo.

Por las noches voy a echar la comida a los bueyes... antes no lo hacía porque ninguna mujer lo hace, y, cuando paso por lo oscuro del cobertizo, mis pasos me suenan a paso de hombre...

María.—Cada criatura tiene su razón.

Yerma.—A pesar de todo sigo queriendo...
Ya ves como vivo...

María.—¿ Y tus cuñadas?

Yerma.—¡ Bah!

María.—¿ Y tu marido?

Yerma.—¡Son tres cosas contra mí!

María.—¿Qué piensas?

Yerma.—Tribulación de gente que no tiene la conciencia tranquila... Creen que me puede gustar otro hombre... Y no saben que aunque me gustara lo primero de mi casta es la honradez. No saben, no saben que si yo quiero puedo ser como agua de arroyo...

María.—De todas maneras creo que tu marido te sigue queriendo.
Que trabajos estás pasando!!
Pero acuérdate de las llagas de Nuestro Señor.

Yerma.—(acariciando al niño)
Ha despertado...

María.—Dentro de poco le empezaré a cantar...

Yerma.—(con alegría) Los mismos ojos que tú.
¿Le has visto?... Tiene los mismos ojos que tú...
¡Los mismos ojos!!
(se va María y entra la Loca)

Loca.—Esperé a que saliera. Mi madre te está aguardando.

Yerma.—¿Está sola?

Loca.—Con dos vecinas.

Yerma.—Dile que espere un poco...

Loca.—¿Vas a ir?
(Yerma asiente).
¿No te da miedo?

Yerma.—¡Voy a ir!

Loca.—Allá tú...

Yerma.—Que me esperen aunque sea tarde.

Víctor.—(entrando)
¿Está Juan?

Yerma.—Sí.

Loca.—(yéndose)
Entonces, luego yo traeré la blusa.

Yerma.—Cuando quieras...
(a Víctor)
¡Siéntate!

Víctor.—Estoy bien.

Yerma.—¡Juan!

Víctor.—Vengo a despedirme.

Yerma.—¿Te vas con tus hermanos?

Víctor.—Así lo quiere mi padre.

Yerma.—Ya debe estar viejo.

Víctor.—Sí, muy viejo.

Yerma.—Haces bien en cambiar de campos.

Víctor.—Todos los campos son iguales.

Yerma.—No. Yo me iría muy lejos.

Víctor.—Es todo lo mismo. Las mismas ovejas tienen la misma lana.

Yerma.—Para los hombres sí. Pero, las mujeres somos otra cosa.

Nunca oí decir a un hombre, comiendo: “¡Como se ponen estas manzanas!”. Vais a lo vuestro.

sin reparar en las delicadezas. Como he aborrecido el agua de estas fuentes.
(pausa).

Víctor, ¿dime, porque te vas?
Aquí, las gentes te quieren...

Víctor.—Yo me porté bien.

Yerma.—Te portaste bien... Siendo zagalón me llevaste una vez en brazos...
¿No recuerdas? (pausa).
Nadie sabe lo que va a pasar...

Víctor.—Todo cambia...

Yerma.—Algunas cosas no cambian...
Hay cosas que no pueden cambiar.
(entra Juan)

Víctor.—La acequia por su sitio, el rebaño en el redil... la luna en el Cielo y el hombre con su arado...

Yerma.—Que pena más grande no poder sentir las enseñanzas de los viejos.

Víctor.—Me voy. He de hacer el camino y quiero pasar el puerto antes de amanecer. (se oye la sirena de un vapor).

Juan.—¿Llevas alguna queja de mí?

Víctor.—No. Fuiste buen pagador...

Juan.—(a Yerma)
Le compré los rebaños.

Yerma.—(asombrada)
No lo sabía...

Víctor.—Así es. Tu marido ha de ver su
hacienda colmada.

Yerma.—Ya no tenemos sitio donde meter
tantas ovejas.

Juan.—¡La tierra es grande!
(a Víctor).
Iremos juntos hasta el arroyo...
(Víctor le da la mano a Yerma)

Víctor.—Deseo la mayor felicidad para
esta casa.

Yerma.—¡Dios te oiga! ¡Salud!
(Este último diálogo lo sostienen
mientras se despide Víctor. Al diri-
girse éste hacia la puerta, Yerma ha-
ce como de retenerlo)

Víctor.—¿Decías algo?...

Yerma.—¡Salud! dije.

Víctor.—Gracias.

(Al hablar Víctor, Yerma de espaldas a él, con los ojos cerrados, lleva la diestra a su vientre, y al irse los hombres ella se mira las manos abiertas. Luego, rápida, toma un mantoncillo que tiene sobre una silla, se lo coloca sobre la cabeza y sale.)

Loca.—Vamos.

(Al poco rato, en medio de la penumbra que comienza a reinar, aparecen las dos cuñadas, con sendos faroles en la mano, en ademán de buscar algo. Miran la habitación por sus cuatro costados, y a ver que no se encuentra en ella Yerma, dejan la lámpara sobre la mesa y asomándose por la abierta puerta entonan)

Cuñadas.—¡Yerma! ¡Yerma! Yermaaaa...

TELON

FIN DEL SEGUNDO ACTO

TERCER ACTO

PRIMER CUADRO

ESCENARIO: En la casa de Dolores. Penumbra triste. Hay un silencio de miedo y de misterio. Al alzarse el telón, entran por la puerta del fondo Dolores, Yerma, las dos vecinas y la Loca.

Dolores.—Has estado valiente.

Yerma.—No hay en el mundo fuerza como el deseo.

Dolores.—Pero el cementerio estaba demasiado oscuro...

Muchas veces, he hecho estas oraciones con mujeres secas, y todas han pasado bien.

Yerma.—¿Todas?

Yo he venido con fe y no creo que
seas mujer engañadora.

Dolores.—No lo soy. Que mi lengua se
llene de hormigas, como la boca de
los muertos si alguna vez he mentido.
La última vez hice la oración con una
mujer que estaba seca de más tiempo
que tú y se le endulzó el vientre, tan-
to, que tuvo mellizos. Y otra que no
tuvo tiempo de llegar a la casa y lo
tuvo junto al río.

Yerma.—¿Y como llegó? Pudo venir an-
dando desde el río!

Dolores.—Llegó con los zapatos y las ena-
guas empapadas en sangre. pero ale-
gre.

Yerma.—¿Y, no le pasó nada?

Dolores.—¡Que le iba a pasar! Dios es
Dios.

Yerma.—Dios es Dios. Lo habría lavado
con aguas vivas. Los animales lo lim-
piarían.

A mí no me da asco de mi hijo.

Yo tengo la idea de que la recién parida está limpia por dentro, y, de que los niños se duermen horas y horas por dentro... Que se les van llenando los pechos para que ellos mamen... para que chupen hasta que se cansen y retiren la cabeza... ¡Otro poquito más mi niño! ¡Y se les llene la cara y el pecho con gotas blancas!...

Vecina.—(asomándose a la ventana)
Parece que va aclarando.

Yerma.—Tendré un hijo porque lo tengo que tener!
Ó no entiendo el mundo.
Es que cuando yo estoy segura de que jamás, jamás lo tendré, me sube como un resuello de fuego por los pies y se me quedan vacías todas las cosas,... la ilusión... los dolores... Los bueyes que andan por las calles, y las tierras y las piedras me parecen que estuvieran exhaustas.

Vecina.—Está bien que una casada quiera tener hijos, pero si no los tiene, por qué hace necesidad de ello. Lo importante de este mundo es dejarse llevar por los años... que así, tendrás felicidad.

Yerma.—Yo no pienso en el mañana,...
pienso en hoy, y lo aguento menos.
(pausa)

Yo quiero tener a mi hijo en los brazos. Ahora, oye bien, si Dios me da un hijo y yo se que ese hijo me habría de martirizar después, y me habría de llevar de los cabellos por las calles, igual recibiría con gozo su nacimiento, porque más vale llorar por un hombre vivo que llorar por un fantasma, sentado año tras año encima de mi corazón.

Vecina.—Pero, mientras esperas la gracia de Dios, puedes ampararte en el amor de tu marido. El es bueno.

Yerma.—Más quisiera que no tuviera alma y fuera malo.
Pero no, él va por sus caminos con sus ovejas contando el dinero por las noches... Cuando me cubre, cumple con su deber, pero yo le noto la cintura fría... como si tuviera el cuerpo muerto, y yo que siempre he tenido asco de las mujeres calientes, quisiera ser una montaña de fuego... ¿Qué? no soy una casada indecente, pero sé que los hijos vienen del hom-

bre y de la mujer. ¡Ah! Si pudiera tenerlos sola.

Dolores.—Piensa que tu marido también sufre.

Yerma.—No sufro. Si lo conozco... Es mi marido y no lo quiero... ¡No lo quiero! Sin embargo es mi única salvación. Por honra y por casta, mi única salvación!

Vecina.—Pronto empezará a amanecer. Debes irte a tiempo.

Dolores.—Antes de nada, saldrán los rebaos y no conviene que te vean salir...

Yerma.—¿Cuántas veces repito las oraciones?

Dolores.—La oración del laurel, tres veces; y la del mediodía la dices en la comida. Cuando te sientas encinta, me traes la fanega de trigo que me has prometido.

Después... ya veremos.

Te vas dando un rodeo por la acequia.
(pausa).

Yerma.—¡No se porque he venido!

Dolores.—¿Te arrepientes?...

Yerma.—¡No!

Dolores.—Si tienes miedo, te acompañaré hasta la acequia.

Vecina.—Van a ser las claras del día cuando llegues a tu puerta.

Yerma.—Calla... No es nada.

Dolores.—Anda con Dios.

(Yerma, se dirige hacia la puerta cuando se oyen fuertes golpes y voces)
¿Quién es?

Juan.—Soy yo.

Yerma.—¡Abre!

Dolores.—¡Pero, si es tu marido!...

Yerma.—¿Abres o nó?

(abre la puerta Dolores, y entran las cuñadas delante y Juan detrás)

Cuñada.—¡Aquí está...! ¡aquí está!

Juan.—¿Qué haces en este sitio?

Si pudiera dar voces, se llenaría todo el pueblo para ver donde iba la honra de mi casa... ¡Pero, ahora vas a seguirme porque eres mi mujer!...

Yerma.—¡Si pudiera dar voces, también las daría yo para que se levantaran los muertos, y vieran esta limpieza que me cubre...

Juan.—Soy un hombre que labro la tierra y no tengo idea para tus cosas.

Desde el mismo día de la boda, estás mirándome como con dos agujas... pasando las noches en vela, con los ojos abiertos al lado mío... ¡no puedo!!

Se necesita ser de bronce para ver una mujer que te quiere meter los dedos dentro de tu corazón... ¿A que has venido? ¿En busca de qué? ¿Dí? ¿Qué buscas?

Las calles están llenas de machos... Ve y lleva mi honra por las calles...

Yerma.—¿Te figuras tú y tu gente, que sois los únicos que guardais honra? ¿Y, no sabéis que mi casta no ha tenido nada que ocultar?

¿Lo oyes?

¡Acércate!

Huele mis vestidos y a ver donde encuentras un olor que no sea tuyo... de tu cuerpo. ¡Me pones desnuda en medio de la plaza... Haz conmigo lo que quieras... pero guárdate de poner nombre de varón sobre mis pechos!

Juan.—Yo no lo digo.

(pausa)

El pueblo lo empieza a decir (desesperado) lo empieza a decir claramente.

Cuando llego a un corro, todos callan..

Cuando voy a pesar la viña, todos callan... Y, hasta de noche, en el campo... se callan las ramas de los árboles.

Yerma.—También en el campo el mal aire revuelca el trigo.

Mira tú. ¡Si! Mira tú, si el trigo es bueno...

Juan.—¿Y, sé yo lo que tiene una mujer, que está a todas horas fuera de su casa? ¿Qué buscas?

Yerma.—(pausa) (abrazándose a Juan).

Te busco a ti sin encontrarte. ¿Dónde
has de estar?
Es tu amor y tu amparo lo que busco,
como si se buscara la luna.

Juan.—¡Deja!

Yerma.—(llorando)

Te buscara a ti. Te buscara a ti, así,
a ti, a quien busco; y una noche, sin
encontrar lo que quiero, una muda
apoteosis... Todo queda conmigo.
Mira que me quedo sola como si la
luna quedara sola... sola... sola ro-
deada por el cielo.
Cuan sola, con el crucifijo ante mis
ojos, entumecidos y resignados.
(pausa)
Me tropezé con el muro... ¡Ay!...
¡Ay!... ¡Ay!... En este mal día ten-
go que extrañar nostalgias de un no
sé... no sé...

Juan.—¡Calla!!

Yerma.—Maldito sea mi padre que me de-
jó su sangre de cien hijos.
Maldito sea aquél a quién ahora culpo.
Busco todo. Subir los cielos extraños,

rodeados de una luminosidad horrible,... de un brillo intenso.

(pausa)

¡Déjame! déjame sola. Ahora que voy entrando en lo más oscuro de la fosca. Déjame al menos la palabra. Esa cosa hermosa que puede salir libre aun de mi boca.

Juan.—¡Calla!

Yerma.—¡Sí! Eso es. Calla. Me callaré.
y que mi boca siempre quede muda.

TELON

SEGUNDO CUADRO

ESCENARIO: Un claro entre laderas y montes. Al fondo, una ermita sobre la ladera de la montaña. Movimiento en escena. En escena la vieja pagana, luego entran dos aldeanas que salen por la derecha.

Entran las dos muchachas que quedan a la izquierda y que luego se unen a la procesión de mujeres.

Yerma entra por derecha. El Macho y la Hembra por la izquierda. Juan entra por la izquierda. Durante el desarrollo de este cuadro, la vieja pagana está en escena. Se retira antes de la entrada de Juan.

(CANTOS DESDE ADENTRO)

No te pude ver cuando eras soltera
más de casada te encontraré.
Te descubriré casada y romera

cuando en lo oscuro las doce den.
(bis).

V. P. — ¿Habéis bebido ya el agua santa?...

Aldeana. — Sí.

V. P. — Venís a pedir hijos al santo, y cada vez vienen más hombres solos.

Aldeana. — Y tú, ¿a qué has venido?

V. P. — A ver. Yo me vuelvo loca por ver. Y a cuidar a mi hijo. El año pasado se mataron dos por una casada seca, y quiero vigilar... y, en último caso vengo, porque me da la gana!!

Aldeana. — (yéndose las dos).
¡Que Dios te perdone!

V. Pagana. — Que te perdone a ti.
—¿A mí que me vá a perdonar?

Muchacha 1' — ¡Ahí viene!... Me costó mucho que viniera ella.
Ha estado un mes sin levantarse de la silla.
Le tengo miedo; que tiene una idea que no sé lo que es.

Muchacha 2^a — Yo llegué con mi hermana.

Muchacha 1^a — ¡Tiene hijos la que los tiene que tener!

Vamos a la romería, que es donde se baila.

En cuatro leguas no se ve más que gente que viene a la fiesta.

Muchacha 2^a — Detrás de la Ermita, hay más de 40 toneles de vino...

Muchacha 1^a — Un río de hombres solos baja de esa sierra.

El año pasado uno aprovechó la confusión para tomar a una hermana mía muy pequeña, atenazándole los pechos con ambas manos.

(entran las mujeres, en fila).

Mujer 1^a — ¡Señor! Que florezca la rosa...

Mujer 2^a — ¡No me la dejéis en sombra!

Mujer 3^a — Sobre sus carnes marchitas,
¡florezca la rosa amarilla!

¡Señor! Qué florezca la rosa.

Mujer 4^a — ¡No me la dejéis en sombra!

Yerma. — El cielo tiene jardines,
 con rosales de alegría,
 entre rosal y rosal,
 la rosa de maravillas.
 Rayo de aurora aparece,
 y un arcángel la vigila.
 Las alas como tormentas,
 los ojos como agonía.
 Alrededor de sus hojas
 arroyo de leche tibia.
 Juegan y mojan la cara
 de las estrellas tranquilas.

Mujer 6º — ¡Señor! Que tu rosal florezca
 sobre mis carnes marchitas.

Mujer 7º — ¡Señor! Calma con tus manos,
 las ascuas de mis mejillas,

Todas. — Escucha la penitente de tu santa
 (romería,

Yerma. — ¡Abre tu rosa en mi carne
 aunque tenga mil espinas!
 ¡Señor! ¡Que florezca la rosa, no me
 (la dejéis en sombra!
 Sobre mi carne marchita, la rosa de
 (maravillas!
 (Todas, entonando una melodía suave,
 van subiendo el sendero y entran
 a la ermita. Las dos muchachas las si-

guen. La vieja Pagana, las mira y se ríe. Se oyen ruídos). (Aparecen el Diablo y su mujer).

¡Ohhhhhh! ¡Ohhhhhh!!

Se repite esto varias veces y entran el Macho y la Hembra, seguidos de un coro.

Macho. — En el río de la sierra,
la esposa triste se bañaba.

Por el cuerpo le subían
los caracoles del agua.

Las arenas de las orillas
y el aire de la mañana,
le daban el fuego a sus risas
y temblor a sus espaldas.

¡Ay! que desnuda que estaba
la doncella en el agua!

¡Que se cimbre! ¡Que se vuelva a
(cimbrar!

Que diga a quien aguardaba así, con
(el vientre seco.

Todos. — ¡Que se cimbre, y que se vuel-
(va a cimbrar.

Hembra. — Cuando llegue la noche, lo
diré.

Cuando llegue la noche clara, la no-
che de la romería rasgaré los volan-
tes de mi enagua...

Todos. — ¡Ay! que la noche llega... que oscura se pone.

Macho. — ¡Hay! ¡Que blanca la triste casada!
¡Ay! ¡Como se queja entre las ramas!
Amapola y clavel.

Hembra. — Si tú vienes a la romería,
A pedir que tu vientre se abra
lleva lumbre de sol en el cuerpo
y calor de la tierra en el alma.

Todos. — ¡ay! ¡que relumbre! ¡Ay! ¡que
relumbre! ¡que vuelva a relumbrar!

Hembra. — ¡Con la rosa y la lanza!

Macho. — En esta romería, el varón siempre manda.
Los maridos son toros, y el varón siempre manda,
y la romera sube!
¡Y ella, con el aire y la rama!

Todos. — Como un junco se dobla.

Hembra. — Y como flor se cansa.

Macho. — ¡Que se aparten las viñas!

Hembra. — ¡Que se quemen los montes!

Macho. — ¡Que se cimbre!

¡El cuerpo reluciente de la limpia
(casada)!

Todos. — ¡Que se cimbre!

(Se van todos repitiendo la frase como al principio y riéndose. La Loca queda última. Sale un hombre que estaba escondido, se limpia la boca con el brazo, se dirige hacia ella la alza en brazos y se la lleva. La Loca grita).

V. P. — ¡A ver si luego nos dejáis dormir!

(se ríe).

(A Yerma que entra por la derecha).
¿Tú? Dime ¿Para qué has venido?

Yerma. — ¡No sé!...

Viejo. — ¿No te convences?... ¿Y, tu esposo.

Yerma. — Ahí está. Bebe. (Pausa).
(Llorando). ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

V. P. — Menos Ay y más almas.
Antes no hablé, ¡pero ahora sí!

Yerma. — ¿Y qué me vas a decir que
ya no sepa?

V. P. — Lo que ya no se puede callar, lo
que está puesto encima del tejado...
La culpa, es de tu marido. Lo oyes.
Me dejaría cortar las manos. Ni
su padre, ni su abuelo, ni su bisabue-
lo se portaron como hombres de casta.
Para tener un hijo han necesitado
que la tierra y el cielo se juntaran, en
cambio, tu gente nó! Tienes hermanos
y primos a cien leguas a la redonda.
Y tú tan hermosa. Mira que maldi-
ción.

Yerma. — ¿Una maldición?...
Un charco de veneno sobre mi vida.

Vieja. — Tienes pues que marcharte de
tu casa.

Yerma. — ¿Cómo?

Vieja. — Aquí vienen las mujeres a co-
nocer hombres nuevos... y el Santo
hace el milagro. Mi hijo está sentado

detrás de la ermita esperando... En mi casa, necesito una mujer... Vete con él y viviremos los tres juntos. ¡Mi hijo sí, es de sangre! En mi casa encontrarás todavía la cuna con olor a almendros.. ¡No te importe la gente! Y en cuanto a tu marido hay en mi casa armas y entrañas para no dejarle entrar.

Yerma. — ¡Calla!... ¡Calla!... Tú sabes que yo no hago eso, nunca lo haría... ¡No!... ¿Te figuras tú, que puedo buscar a otro hombre?... ¿Dónde pones mi honra?... Ahora, no se puede volver atrás... La Luna llena no sale al mediodía... ¿Has pensado en serio que pueda doblarme a otro hombre?... ¿Que pida como una esclava lo que es mío? ¡Conóce-me bien y no vuelvas a hablarme! Yo soy como un campo seco, donde caben nadando cien pares de bueyes... Y lo que tú me ofreces es un pequeño vaso de agua de pozo. Lo mío es dolor que ya no está en las carnes...

V. P. — Pues sigue así, ¡qué por tu gusto es!... Como los cardos. Marchita.

Yerma. — ¡Marchita!... ¡Sí!... ¡Marchita.... No es preciso que me lo revuelques por la boca.

Desde que me casé estoy dándole vueltas a esta palabra. Pero, es la primera vez que la oigo... Que me la dicen en la cara...

No se siente la verdad cuando está dentro de una misma.

V. P. — No me das ninguna lástima, ¡ninguna! Ya buscaré otra mujer para mi hijo.

(Se va. Se oye un coro, y entra Juan por la izquierda).

Yerma. — ¿Estabas ahí?

Juan. — Estaba.

Yerma. — Entonces habrás oído todo...
Déjame y vete a los campos...

Juan. — También es hora de que yo hable.
Y que me queje. Que tengo el amargor en la garganta.

Ha llegado ya el último minuto de resistir este continuo lamento por cosas esperadas, fuera de la vida, por cosas que están en los aires...

Yerma. — ¿Fuera de la vida, dices? ¿En los aires, dices?

Juan. — Por cosas que no han pasado y que ni tú ni yo dirigimos. Por cosas que a mí no me importan!...
¿Lo oyes?

¡Que a mí no me importan!
A mí, me importa lo que tengo en las manos...

Yerma. — ¡Eso es!

Es lo que quería sentir de tus labios...
Ni se sueña la verdad cuando está dentro de nosotros.
Pero, ¡qué grande y como grita cuando se pone fuera y levanta los brazos!

Juan. — Piensa. Piensa que tenía que empezar así.

Muchas mujeres serían felices de llevar tu vida.

Sin hijos, la vida es dulce... Yo soy más feliz...

No tenemos culpa alguna...

Soy feliz no teniendo hijos, y tú, tendrías que serlo lo mismo...

Yerma. — ¿Entonces qué buscabas en mí?

Juan. — ¿Qué buscaba en ti?... Una mujer, ¡pero, nada más!

Yerma. — ¿Una mujer?... ¿Es verdad lo que dices?

Juan. — ¡Oyes tú!

Yerma. — Yo no pensé en el hombre. Pensé en el hijo. No me preguntes más que te lo tengo que gritar al oído... Te lo tengo que gritar bien fuerte para que lo oigas tú, todo el pueblo, y las comadres...

(Pausa).

Juan. — Resignate a vivir en paz... ¡Uno y otro! Con sosiego, con agrado. (La mira y la abraza).

¡Abrázame!

Yerma. — ¿Qué es lo que buscas?

Juan. — ¡A ti te busco! Con la luna estás hermosa.

Yerma. — Me buscas como cuando te quieres comer un palomo?

Juan. — ¡Bésame!

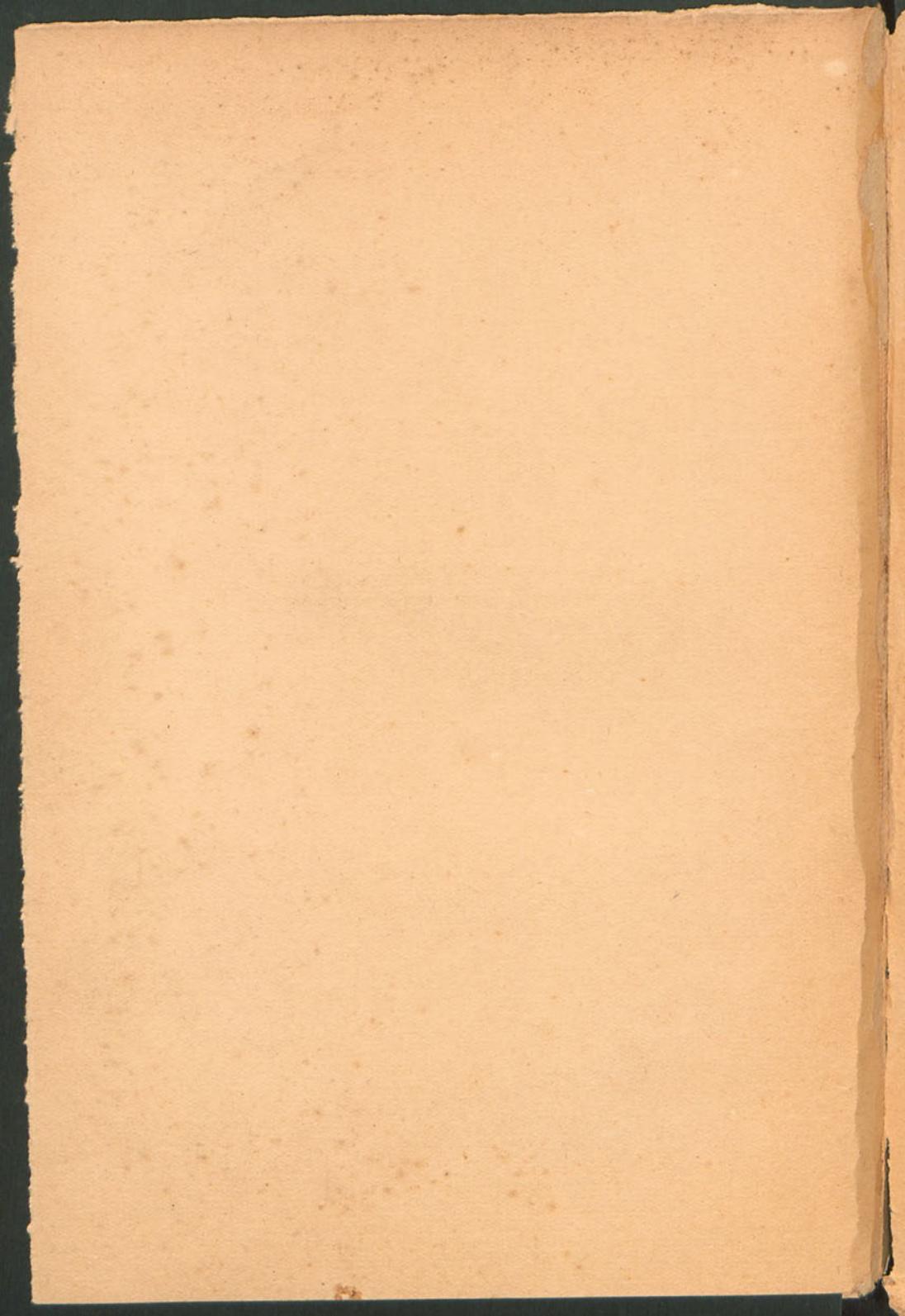
(ella se resiste, caen al suelo, se aga-

cha sobre él y le muerde, abriéndole la yugular. Se oyen los estertores de él, gritos ahogados y luego el silencio... Ella llora...)

Yerma. — ¡Marchita!... está bien ¡Marchita!... Pero, ¡segura al fin!! ¡Ahora sí lo sé!... Ciento... Y sola voy a descansar, sin despertarme sobre la cama... Para ver si la sangre me anuncia otra sangre nueva, con el cuerpo seco para siempre... (aparece la vieja pagana).
— ¿Qué queréis? No os lamentéis ya.
— ¡Porque yo he matado a mi hijo!...
Sí. Yo misma he matado a mi hijo...
he matado a mi hijo...
(esta última parte, toda entre sollozos).

TELON

ESTE LIBRO TERMINÓ DE IMPRIMIRSE
EN LOS TALLERES GRÁFICOS AR-
GENTINOS L. J. ROSSO, DO-
BLAS 951 EL DÍA 23 DE
OCTUBRE DE
1937



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105035849